

Cap. I.13

V Elecciones autonómicas. 1999

De Cañellas a Matas pasando por Soler

El Pacto de Progreso mallorquín

El PP obtuvo en 1995 la mayoría absoluta en el Parlamento, en los consells insulares de Menorca y de Ibiza-Formentera y en 18 ayuntamientos, incluido el de Palma, pero se quedó por debajo en el Consell de Mallorca y en un buen puñado de consistorios más importantes.

Así que el PP ya sabía lo que le tocaba. El día 29 de mayo Cañellas lo reconocía al Diario de Mallorca: “no hemos establecido contacto con UM (para gobernar el Consell de Mallorca) pero todo indica que las cosas pueden ir por ahí. Dos días más tarde, Última Hora publicaba que Maria Antònia Munar no lo tenía tan claro: “UM no tiene decidido pactar con el PP”. Por su lado, el mismo día en rueda de prensa, el líder del PSM, Sampol, expresaba su apuesta: “es necesaria una coalición de progreso”, o sea todos contra los conservadores.

Lo que en ese momento nadie se imaginaba es que la dirección del partido neo nacionalista, o al menos el núcleo duro de sus dirigentes –María Antònia Munar, Josep Melià, Maximiliano Morales y Bartomeu Vicens-, tenían decidido desde mucho antes con quien pactar. No existen documentos que lo prueben ni informaciones publicadas que lo atestigüen, pero en los días inmediatamente

posteriores a las elecciones dirigentes de UM ya habían establecido contacto con socialistas y hablado lo imprescindible para saber que el acuerdo sería con la izquierda. De hecho no era más que confirmar los puentes que desde el PSOE se habían construido desde que UM rompió con el PP. El cómo quedaba pendiente pero el qué estaba decidido. El acuerdo socialista-regionalista, estaba hecho.

La cúpula del PSOE no tenía dudas sobre la conveniencia de este pacto. De hecho en ese momento el nuevo grupo de poder interno que en parte ascendía desde la base municipalista –Francesc Antich, Damià Cànoves...-, amén de los que ya estaban instalados en la dirección –Damià Ferrà-Ponç...- tenía perfectamente claro, siguiendo la antigua tesis de Joan March, de que había que pactar con UM cómo fuera para alcanzar algo de poder. Y que se le daría a Munar todo lo que deseara a cambio de formar parte del gobierno del Consell. En los días siguientes a los comicios comenzó un baile de poses formales y públicas para ir vistiendo el acuerdo. El PSOE ofreció a UM, a través de una rueda de prensa celebrada el día 30 de mayo, “generosidad ilimitada”. PSM y EU no se lo acababan de creer. Dijeron estar de acuerdo pero según Eberhard Grosske “es difícil conseguirlo”, recogía el diario Baleares el día 1 de junio.

En algún momento de esos días la dirección del PP tomó conciencia de que UM no era el partido sumiso de 1991, 1987 y 1983, al que tenían cogido por la gónadas gracias a la incapacidad política de Jerónimo Albertí. El día 5 de junio, el secretario general del PP, José Antonio Berastain hacía un llamamiento angustioso “a los inteligentes de UM” para que pactasen con su partido, tal y como recogía la Última Hora el día 6. Una invocación que debió desvanecer opiniones contrarias al acuerdo con la izquierda en el seno del partido regionalista, si es que quedaba alguien reacio. En realidad, lo que decía Berastain no era más que el reconocimiento del vértigo que de pronto sentían los conservadores: la posibilidad real de un pacto entre UM y la izquierda en el Consell. Que les aterrorizaba no solamente por el hecho en sí sino por lo que

suponía para el futuro. La cúpula conservadora compartía el fondo de la inspiración estratégica de March: si UM pactaba con la izquierda, el PP quedaba arrinconado.

Cañellas decidió nombrar el día 6 de junio, en la reunión de la dirección conservadora, a Joan Verger como encargado de explorar las posibilidades de negociación con Maria Antònia Munar. No era un nombramiento casual. Verger y Munar habían tenido excelentes relaciones personales durante mucho tiempo y compartían la misma visión sobre el mundo de la empresa y la política. Pero tras de seis días de intentos, Verger comunicaba el 12 a Cañellas que el pacto “es prácticamente imposible”, según reflejaba al día siguiente el Diario de Mallorca. El camino hacia el reconocimiento formal del acuerdo de centroizquierda estaba expedito.

Sin embargo no estaba todo hecho. Porque unos pocos dirigentes de PSOE y UM habían pactado a solas. Se trataba de un acuerdo que para el PSM e IU podía llamársele de las lentejas: o las tomas o... Porque aunque formalmente el pacto debía ser a cuatro, lo cierto es que los regionalistas y los socialistas se habían erigido en el núcleo.

El día 26 se cerró el principio de acuerdo, y PSM e IU aceptaron a regañadientes la base del acuerdo entre PSOE y UM. Éste se basaba en que, en primer lugar, Munar sería la presidenta del Consell, y sus hombres coparían el máximo poder institucional, con la intención de que los regionalistas lo utilizaran para erosionar al PP; y en segundo lugar, PSOE y UM aceptaban la puesta en marcha de la incineradora de Son Reus, una cuestión más que delicada, no en vano PSM e IU se habían opuesto ferozmente a ponerla en marcha. Pero tanto el PP como los socialistas y los regionalistas compartían un extraño amor hacia esa empresa de incineración de residuos. Así que el PSM y EU no tenían opción: o se la tragaban o abortaban el pacto. No había medias tintas. Dudaron, debatieron internamente, amagaron con romper pero al fin, en el último momento acataron.

Grosske decía en el Diario de Mallorca del 6 de julio que “no me hace ninguna gracia (el pacto) pero votaremos a favor”, y más o menos lo mismo pasaba en el PSM, donde su consejo político daba el visto bueno al acuerdo por 38 votos a favor y 22 en contra, lo que denotaba la incomodidad de muchos nacionalistas.

El 7 de julio, el pleno del Consell elegía a Maria Antònia Munar como presidenta de la institución junto a dos vicepresidencias, una para Triay y otra para Sampol, como premio por tragarse los residuos. En su discurso de investidura, Munar daba pistas sobre por dónde iba a ir uno de sus dos grandes objetivos: “el Consell debe asumir la autonomía en la gestión de los intereses exclusivos de Mallorca”. Y el día 10, en una entrevista en el Diario de Mallorca, trazaba el camino de su enemigo, devolviéndole el favor de haberla destituido de consejera del gobierno regional tres años antes: “para serenar la vida política, Cañellas debería dimitir”. Se iniciaba el primer Pacto de Progreso. Y una larga época de quince años en los que la vida política mallorquina y buena parte de la balear danzó alrededor de Munar.

La caída de Cañellas

La campaña electoral de 1995 había estado repleta de referencias al caso de presunta corrupción denominado Túnel de Sóller –por la concesión de éste- y su derivación del dinero negro en la cuenta de Brokerval. Tras el día de urnas arreciaron todavía más las informaciones al respecto, cada vez más terribles para el PP.

En este in crescendo, el día 18 de junio, un mes después de las elecciones, todos los diarios de Palma informaban que las investigaciones fiscales apuntaban a que el PP se había embolsado dinero por la concesión de la obra pública. El 20 se citaba a declarar al conseller Reus y al antiguo consejero Saiz. Y el 21 el propio Cañellas era imputado por prevaricación.

En esa misma jornada se constituía el nuevo Parlamento, en medio de un ambiente de alta tensión política que llevó a la oposición a pedir al recién elegido presidente de la Cámara, Cristòfol Soler, que aplazase la investidura de Cañellas ante la posibilidad que fuese enjuiciado. No se aplazó, naturalmente. El PP impuso su voluntad, gracias a la mayoría absoluta. Sin embargo lejos estaba el partido conservador de mostrarse tan sólido como los escaños conseguidos en las urnas parecían demostrar. En Madrid, la dirección nacional, que hasta la fecha no se había preocupado mucho sobre lo que ocurría en las Islas, comenzó a fruncir el cejo. Con todo y con esto, José María Aznar declaraba ese mismo día 21, según el diario Baleares, que “estamos convencidos de que se ha actuado correctamente” en Baleares. No era el espaldarazo que el líder balear debía estar esperando. Porque aquella frase dejaba claramente abierta la puerta a cualquier cosa.

El día 29 de junio Cañellas se ganó la investidura presidencial por cuarta vez consecutiva. Pero antes, a primera hora de la mañana, se tuvo que desayunar con este titular de El País: “Mayoría bajo sospecha policial en Baleares”, un trabajo cuyo desarrollo en páginas interiores, firmado por Andreu Manresa, resumía con minuciosidad la media docena de altos cargos del partido, consejeros, diputados y presidentes insulares, todos aforados, que estaban ya imputados, que el donante del dinero negro era el empresario Quart, concesionario de las obras y socio de Cañellas en Salinera Española. Que la prensa nacional dedicara tanto espacio a un tema balear era algo insólito. Y en el cuartel general del PP empezaron a impacientarse por el rumbo que tomaban los acontecimientos en el archipiélago. O, mejor dicho, no tanto por lo que en él acontecía como por las consecuencias que sobre la ambición política de Aznar podía tener.

El día 3 de julio Cañellas tomó posesión del cargo: “si me sintiera desautorizado por Aznar, no estaría aquí”, recogía el El Día-El Mundo de Baleares. El día 5 nombraba a su gobierno -sólo dos cambios respecto de la anterior remodelación,

Lucas Prats y Mariano Socías-, y un mensaje a sus más jóvenes consellers: “la responsabilidad del 2000 está en vuestras manos”. A pesar de que en una entrevista al Diario de Mallorca el día 9 amagaba con seguir en la brecha mucho más tiempo, asegurando que “cuando veo tanto rencor contra mí, me dan ganas de no irme en el 99”, en verdad ya era consciente de la extrema fragilidad de su posición. Ese mismo día habían aterrizado en Palma dos enviados personales de Aznar para investigar qué estaba pasando con el escándalo. Eran Carlos Argos y Miguel Segimón, quienes sólo necesitaron cuatro jornadas para recopilar toda la información sobre el caso y volver a Madrid para asesorar al presidente nacional sobre qué hacer.

La situación degeneraba tan velozmente que el presidente nacional no esperó siquiera a leer el informe. El día 11 Cañellas fue llamado a Madrid para una entrevista, presuntamente secreta. El día antes Aznar había dejado caer en un curso de verano en El Escorial que “tengo un compromiso personal contra la corrupción, haga quien la haga y afecte a quien afecte”, y el mismo día 11 El Día-El Mundo de Baleares informaba, recogiendo fuentes del PP en Madrid, que el presidente nacional “actuará con contundencia ante el caso Baleares”.

Así fue. Le obligó a dimitir en aquella misma reunión: “Gabriel, no puedes ser una piedra en mi camino a la Moncloa”, se dijo en los mentideros palmesanos que le había espetado. Fue más lejos todavía: le exigió la dimisión del Govern y también del cargo del partido, no queriendo, según decía El País, que nadie estableciera un paralelismo con el caso Filesa, el episodio de corrupción que tanto desgaste le estaba suponiendo al PSOE de Felipe González. Le dejó, eso sí, libertad para que fuera él mismo quien anunciara su propio cese.

Al regresar a Palma el viejo león conservador se planteó seriamente plantar cara a su jefe de Madrid. Afirmó que “no voy a dejar que me manden a galeras” según recogía Última Hora el día 12. Sin embargo su sino estaba escrito. Y lo sabía. El día 15 le presentó la dimisión a Aznar y éste se la aceptó. Durante los días

anteriores y posteriores fueron legión las adhesiones que recibió, tanto de la Junta Regional del partido como de líderes empresariales - entre las que destacó la de Josep Oliver, presidente de la CAEB- que censuraban la intromisión de Madrid en los asuntos insulares. El País aseguraba el día 16 que “el PP balear desafía a Aznar al rechazar la dimisión de Cañellas”. Era cierto a medias. Se llegaron a celebrar reuniones a tal efecto entre señeros acólitos del líder balear, como Huguet, Estarás y Cava de Llano con Aznar, Cascos y Rajoy durante el 17 y 18 para intentar una vuelta atrás, pero el 19 la orden de Madrid fue tajante: ni habría rectificación.

Los movimientos de Cañellas fueron entonces rápidos y marcaron el futuro del PP de los próximos años. Aceptó la orden, pero rehusó dimitir como diputado y por lo tanto como jefe del grupo parlamentario, lo que le permitió digitar a su sucesor antes de que lo hiciera la cúpula central. Cristòfol Soler fue el elegido como nuevo presidente, consiguiendo que le votasen in extremis 24 diputados frente a 7 que hubieran preferido que les presentaran una terna en la cual se encontrara Juan Verger.

Por la tarde del 19 el comité ejecutivo del PP isleño aceptó la dimisión de Cañellas y del secretario general José Antonio Berastain, eligiendo al fiel Joan Huguet como nuevo presidente de la formación y a Alberto Herrán como secretario general de forma provisional hasta que se celebrara el preceptivo congreso extraordinario. La operación relevo, que podría haber hecho saltar al PP en mil pedazos, parecía haber sido un éxito en tiempo y forma. Pero sólo lo parecía.

El día 29 de julio Soler ganó la investidura como nuevo presidente del gobierno regional, tal y como había previsto su antecesor. Pero pronto comenzó a vislumbrarse que el cambalache de nombres y cargos había sido más complejo y menos estable de lo que parecía. Para empezar, Cañellas no había pensado realmente en Soler como primera opción para su relevo. Las opciones de Madrid

eran Rosa Estaràs o Jaume Matas. Y la del líder balear Estaràs, la vicepresidenta de su gobierno y la mujer en la que había depositado sus esperanzas para el futuro del PP desde las ya lejanas reuniones con jóvenes valores del partido. Nacida en octubre de 1965, en ese momento contaba con 29 años y se sintió demasiado inexperta para asumir la presidencia del gobierno. Le pidió a Cañellas que no le insistiera: “ante las razones estrictamente personales que Rosa me explicó no tuve más remedio que aceptárselas”, recordaba el líder conservador en el libro *Conversa amb Gabriel Cañellas*, de Jaume Sastre. En este mismo libro recuerda a la sazón que una vez descartada Estaràs, y como no quería que fuera Joan Verger su sucesor, quien se había postulado, dadas las divergencias que con él mantenía, solamente vio dos posibilidades: una, Joan Huguet, “a quien le hacía mucha ilusión” pero a quien descartó porque “potencialmente podría tener los mismos problemas que yo” en los juzgados, y, otra, Soler, “a quien veía como garantía de continuidad”. Así que el elegido fue este último, quien “no muy contento, aceptó”.

Soler y las tensiones internas

Soler no quería ser un muñeco en manos de Cañellas, quien, según general pensamiento, seguía moviendo los hilos. El ya nuevo presidente mantuvo el mismo ejecutivo de su antecesor: Estaràs en la vicepresidencia, Cirer en gobernación, Matas en Economía y Hacienda, Berastain en Función Pública, Bartomeu Rotger en Cultura, Educación y Deportes, María Socías en Agricultura y Pesca, Guillem Camps en Comercio e Industria, Tomeu Cabrer en Sanidad, Bartomeu Reus en Obras Públicas y Territorio, y Joan Flaquer en Turismo.

Tras el verano, el presidente empezó a emitir signos que a Cañellas le resultaron, al menos, incómodos. Por ejemplo por su visión sobre el territorio, mucho más conservacionista que la que había manifestado tradicionalmente su predecesor. O también por la sintonía de Soler con las reivindicaciones culturales, identitarias

y lingüísticas del catalanismo, que contrastaba enormemente con el ahogo que Cañellas había sometido a la Obra Cultural Balear.

No obstante, Soler, para hacer frente a las incipientes críticas, siempre defendía a través de las entrevistas en los medios y en reuniones con periodistas en el Consolat de la Mar –una efectiva estrategia de comunicación dirigida por la también periodista Francisca Sancho- que no existía alejamiento del partido, sino que simplemente él tenía una forma de interpretar el programa e ideario general del PP de una manera diferente a otros, pero que en absoluto lo incumplía. No obstante, fuera de su círculo de confianza, que era muy reducido, no se entendía así. La interpretación cada vez más ampliamente aceptada insistía en que él se estaba alejando de los preceptos tradicionales de su partido. Ya a finales de 1995, los periodistas podían captar sin excesivo esfuerzo comentarios muy críticos, normalmente bajo el off the record, hacia el presidente por parte de prohombres del partido conservador, casi siempre fieles a Cañellas.

Estas tensiones venían también alimentadas por la inminente convocatoria del congreso extraordinario, para el cual el provisional presidente Huguet y el aspirante Joan Verger llevaban meses negociando. La dirección nacional exigía unidad. Si no, no permitiría que se celebrara la asamblea. Al respecto de la cita congresual, también se denotaba un cierto mar de fondo entre parte de las bases que veían que si el partido no se renovaba en su primera fila se perderían las elecciones del año siguiente. Entonces, de manera inesperada, apareció un manifiesto firmado por 300 afiliados en que se pedía el cese de todos los implicados en cualquier caso de corrupción. El propio secretario general, Herrán, apoyó el manifiesto. La respuesta fue inmediata. Esa misma noche fue obligado a presentar su dimisión.

Con Herrán dimitido, con Huguet y Verger intentando llegar a acuerdos imposibles, con Cañellas moviendo los hilos para atar lo más posible los cargos que debían formar parte la nueva cúpula y Soler llevando una política cuanto

menos diferente a la ortodoxia conservadora, la dirección nacional exigió pararlo todo, dejar pasar las elecciones generales que debían celebrarse el 3 de marzo de 1996 y aplazar hasta el otoño el congreso.

La crisis entre PSM y UM en el Consell

La constitución del gobierno del Consell mallorquín supuso para el PSM un momento agridulce. Dulce porque por primera vez conseguía poder en una institución importante. Agrio porque a pesar de ser el tercer partido en Baleares y en Mallorca, tras PP y PSOE, y a poca distancia de este último, tuvo que tragar un pacto que no les satisfizo nunca. Por mucho que Pere Sampol obtenía una vicepresidencia, el hecho de que el Consell fuera una institución tan personalista –como todas las de carácter local- desdibujaba mucho el protagonismo nacionalista.

Además, la cuestión de la incineradora de Son Reus estaba lejos de haberse solucionado. El Consell debía votar el permiso para que aquélla iniciara la quema de residuos. Los nacionalistas, al igual que lo comunistas, se habían alineado con los ecologistas del GOB y las plataformas vecinales y conservacionistas contra esta práctica, a la que acusaban de ser excesivamente contaminante. En el otro lado, socialistas y regionalistas convergían con los conservadores a favor de la planta y de la incineración, en un extraño hermanamiento alrededor de un negocio –porque al fin y al cabo de esto se trataba, y se trata todavía- que transmutaba en cuestión política de primer orden. Al advertir Munar que la situación en el seno del PSM iba tensándose cada vez más, empezó una estrategia que en el futuro pondría en práctica muchas veces: meter varios dedos en el ojo del partido nacionalista. En efecto, lejos de intentar calmar los ánimos, los exacerbaba todo lo que podía con declaraciones incendiarias contra su aliado y sin embargo enemigo: “Munar avisa que romperá el pacto del Consell si el PSM vota en contra la incineradora”, decía el Diario de Mallorca el día 4 de junio de 1996.

Aquella polémica por la incineradora fue el detonante de una larga guerra política entre PSM y UM que, de hecho, fue constante a lo largo de los siguientes 15 años, con algún que otro episodio de tregua de escasa duración. Y esto a pesar de compartir pactos contra el PP otras dos veces, amén de aquella ocasión de 1995. En el fondo lo que estaba en juego era el dominio del espacio nacionalista mallorquín y por ende balear. Si el PSM era el partido que lo había ocupado en exclusiva entre 1983 y 1995, a partir de 1995 UM se lo quería disputar a partir de su supuesta transversalidad ideológica. Según Munar y el resto de dirigentes regionalistas, el PSM era sobre todo un partido “de izquierdas”, y ellos sin embargo no eran de derechas sino de ese centro que tanto “puede pactar con la izquierda como con la derecha”, según repetían. Además, un centro que pretendía emular en Mallorca-y decían querer hacerlo también en todas las Baleares en el futuro- a la CiU catalana de Jordi Pujol. Partido con el cual, cabe recordar, el PSM había pactado en 1994 para concurrir juntos a las elecciones europeas, iniciando así una estrecha colaboración política que impulsaba la derechización de los nacionalistas liderada por Sampol.

Estaba claro, pues, que antes o después iban a chocar UM y PSM por la lucha por el mismo espacio. Con una u otra excusa. Fue pronto y con la incineradora. El día 6 de junio de 1996 el PSM no votó a favor de la puesta en marcha de ésta, e ipso facto Munar destituyó a todos los cargos nacionalistas en la comisión de gobierno. En ese mismo momento, la ruptura del acuerdo de 1995 del Consell era un hecho. El PSM estaba ante su particular Rubicón. O plegarse humillado para seguir con los cómodos cargos, o afrontar el futuro en solitario sin cargos y con gallardía.

Al día siguiente el Diario de Mallorca recogía unas declaraciones de Munar en las que insistía en lo ya dicho de la punta de la uña en ojo ajeno: “la ruptura ha provocado los problemas internos del PSM y su necesidad de justificarse”. Por su lado, Sampol declaraba a los periodistas tras ser destituido, y tal y como publicaba el Balears, que “nos hemos de movilizar contra la derecha económica

que dirige este país”, en velada alusión a lo que los rumores hacían correr sobre el extraño hermanamiento entre PP, PSOE y UM en relación a la empresa de residuos. Dos días después todos los diarios de Palma recogían las solemnes palabras que la dirección del PSM había expresado la noche anterior, tras una reunión de urgencia de su comisión ejecutiva: “el PSM sólo mantendrá el Pacto de Progreso del Consell si Munar dimite”. La presidenta no tenía ni la más remota intención de hacer caso a sus odiados aliados. Así que el pacto estaba roto. Pero no duraría mucho la gallaría “pesemera”.

Tras varias reuniones entre los firmantes del pacto de 1995, Sampol impuso al cabo a los suyos la humillación de aceptar la extraña empresa de quema de residuos. El día 17 se acordó la recomposición política del pacto. La incineradora, por supuesto, seguía adelante. Y Munar seguía sentada en su butaca presidencial, victoriosa a pesar de tener menos de la mitad de la fuerza electoral del PSM.

Desde ese momento las relaciones entre UM y PSM nunca mejoraron. Todo lo contrario. En los tres años siguientes los sordos enfrentamientos menudearon entre ambos partidos, haciendo comprender a todas las partes –PSM y UM pero también a PSOE e IU- que nunca se pondrían de acuerdo realmente en gobernar, excepto para desalojar del poder al PP y repartirse cargos siempre que éstos fuera al modo de exclusas. Así que inauguraron una nueva cultura de pacto. Que cada cual hiciera lo que quisiera en sus áreas de gobierno, que nadie se metiera en casa ajena y que las grandes decisiones que afectarían a todos – que para el caso eran pocas y de escasa envergadura pues la institución no tenía gran peso político- se pactaran previamente. Esto último no se puso en práctica nunca, ya que Munar fue siempre por libre, pero llegó a parecer que el resto eran copartícipes de sus decisiones. Esto se evidenció por ejemplo cuando Munar se inventó un himno para Mallorca –La Balanguera, el poema de Joan Alcover- o el Día de Mallorca, el 12 de septiembre, pero aunque oficialmente conmemoraba un hito histórico en realidad no era más que la organización de un evento para

mayor refulgencia de la presidenta. A ningún otro partido del pacto se le habrían pasado por la cabeza tales ocurrencias. De hecho, entre los nacionalistas del PSM se hicieron muchas chanzas públicas, y más en privado, tanto sobre el himno como en especial con el Día. Pero a Munar le gustaba. Así que el PSM y el resto tragaron. Cómo no.

Las elecciones generales de 1996

En un contexto tensión política creciente, a Felipe González no le quedó otra que avanzar los comicios generales a 1996, cuando ordinariamente deberían haberse celebrado el año siguiente.

A los escándalos de corrupción de la legislatura anterior, encabezados por el caso Guerra, se fueron acumulando otros como Filesa, Ibercorp, fondos reservados, Banesto, Kio, Grand Tibidabo, Urralburru, Oller, Mariano Rubio, Salanueva, Narcís Serra, GAL... hasta llegar al estrambótico caso del director de la Guardia Civil Luis Roldán. Acosado además por su flanco izquierdo por una IU que bajo el liderazgo de Anguita pinzaba con el PP, la situación se volvió insoportable.

A finales de 1995 CiU rompió el acuerdo de gobierno y negó su apoyo a los presupuestos para el año 1996. Era el fin. Así lo entendió González: solo, con una creciente contestación interna, abrumado por los escándalos, con una presión mediática brutal, amén de la crítica durísima y progresiva del PP e IU en el Parlamento, no tenía salida posible. Avanzó elecciones para el mes de marzo de 1996. Es decir, casi un año y medio antes de lo previsto. El mayor adelanto de la democracia.

Las expectativas socialistas para esas urnas no eran nada buenas. Desde las elecciones gallegas de octubre de 1993 hasta las municipales de 1995 todo habían sido buenas noticias para el PP y malas para los socialistas que estaban

en una decadencia imparable. Especialmente relevantes habían sido las europeas de junio de 1994, en las que se evidenció un importante vuelco: el PP subió hasta el 35%-10 puntos más que en las generales de 1993- mientras que el PSOE se quedaba con un 31%-8 menos-. Era la primera vez que el partido de derechas ganaban unas elecciones de ámbito nacional. Tampoco fue baladí que en las autonómicas celebradas en mayo de 1995 en las trece comunidades llamadas de régimen general, el PP logró acumular un 37% de apoyos frente al 31% del PSOE, siendo también la primera vez que era el partido más votado en este tipo de comicios. Con estos antecedentes, no puede extrañar el optimismo conservador ante la convocatoria de las elecciones generales del 3 de marzo de 1996.

A pesar de que en el conjunto del país todo sonreía al PP, en Baleares el partido seguía sacudido por las guerrillas internas. Por esto el proceso de confección de listas fue un auténtico guirigay en el que se fueron sucediendo navajazos entre las distintas facciones para demostrar quién detentaba el poder en el cada vez más desarbolado partido. Cañellas no presidía, pero su influencia seguía siendo tanta que maniobraba casi cómo quería: colocó a Juan Forcades, uno de sus hombres de confianza, al mando del comité electoral. En condiciones normales no hubiera tenido importancia alguna –de hecho se trataba de un cargo absolutamente inoperante-, pero con las armas desenvainadas cualquier elección interna, como ésta, se convertía en un pulso entre unos y otros y adquiría resonancia mediática. El día 11 de enero de 1996 se conoció que la dirección regional ofrecía a Eduardo Gamero encabezar la candidatura por Baleares, desplazando a Gilet –que había ocupado dicho puesto tres años antes- al número cuatro de la lista. El afectado anunciaba públicamente su “renuncia por dignidad”. La candidatura al Senado por Mallorca, con el concejal de Sa Pobla Jaume Font, encendió todavía más los ánimos y, con ganas de guerra evidentes, Juan Verger declaraba al Diario de Mallorca el 23 de enero “después de las elecciones nos veremos las caras”.

Los problemas dentro del PSOE no fueron menores. El sector autonomista, gracias a la crisis en la dirección federal, no tuvo problemas para imponer a sus gentes en las candidaturas. Tal y como tituló el Diario de Mallorca el 30 de enero, “los críticos del PSOE han sido apartados de las candidaturas”, explicando la insólita sustitución del oficialista y moderado Félix Pons por Teresa Riera, de la confianza de la mayoría.

En el campo nacionalista UM lanzó la idea, todo un sarcasmo, de coaligarse con el PSM de cara a las generales. Se trataba de otra vez lo ya descrito antes: de querer provocar lío en el seno del partido nacionalista entre los más moderados proclives a dicho pacto y los que odiaban a UM. Esta vez picaron el anzuelo un llamado “grupo de intelectuales” que, al decir de Diario de Mallorca el 14 de enero, “apoyan un pacto PSM-UM para ofrecer un nuevo impulso al país”, entre los que se encontraban Biel Mesquida, Gori Mir, Rafel Estaràs y Núria Feliu, pero la dirección del PSM rechazó el pacto con UM, defendiendo su papel como único representante del nacionalismo mallorquín y presentándose en solitario con la manacorina Maria Antonia Vadell como cabeza de cartel.

La apuesta nacionalista en estos comicios no consistía en dejarse la piel por conseguir un escaño, que la experiencia ya había dejado clara la enorme dificultad de obtenerlo, sino de obtener los máximos votos posibles para alejarse por encima del nivel de apoyos de UM. El 10 de febrero, en plena precampaña, el PSM celebró su vigésimo aniversario, en Lluc, reuniendo a más de 1.000 entusiastas que bendijeron con sus aplausos tanto la línea política de moderación como, sobre todo, la lucha a muerte contra UM.

En el partido regionalista, con los antecedentes de sus resultados en los comicios generales, tenían claro que su papel en esas elecciones era meramente testimonial. Encargaron que pasaran el mal trago como cabezas de cartel a Joan Vidal y Francesc Buils.

Esquerra Unida, animado por el claro declive socialista, optó por el abogado Jaime Bueno, encargado de llevar la acusación particular contra Gabriel Cañellas, mientras que Els Verds, cegados por el éxito en Ibiza, seguían negándose a una coalición con EU, presentando al emergente Miquel Àngel Llauger como número uno.

La auténtica novedad de aquella precampaña, que marcaría un hito electoral de enorme trascendencia en el futuro, se dio en Ibiza, donde toda la izquierda decide unirse para presentar un único candidato al Senado, presentando batalla a la derecha que desde 1977 se había llevado el acta de senador por dicha circunscripción en las personas de Abel Matutes en dos legislaturas, Ramón Fajarnés, Alonso Marí Calbet y Jose Juan Cardona. Se buscaba aun efecto sorpresa que pudiera volcar el resultado y demostrar que era posible una mayoría progresista. Al frente del experimento, titulado Eivissa i Formentera al Senat, se puso Pilar Costa, una inquieta abogada autodenominada independiente pero de claro perfil socialista que iba a intentar la proeza.

A pesar de que nadie se planteaba seriamente que otro partido al margen de PP y PSOE pudiera tener opciones reales de escaño, el día 24 de febrero una encuesta local publicada en Diario de Mallorca situaba a IU a las puertas de obtenerlo. Se desató la euforia en las filas comunistas. Demasiado pronto. El sondeo actuó como acicate para los socialistas que intensificaron las llamadas al “voto útil” de la izquierda, o sea a su favor.

El día 27 de febrero celebraba en Palma el PSOE su mitin central de campaña a cargo del ministro de Obras Públicas, José Borrell, que se desgañitó ante un auditorio de apenas 500 asistentes. Qué lejos quedaban los gentíos reunidos en anteriores comicios. La depresión socialista se intensificaba cada vez más.

El día 3 de marzo, a las 8 de la mañana, se abrieron los colegios electorales, y no debía haber nadie en el país –quizás con la excepción de los más obcecados fieles al PSOE- que dudara de cuál sería el resultado.

El PP ganó las elecciones en toda España, pasando del 35% al 39% y quedando por primera vez por encima del PSOE en unas elecciones generales, pero el margen entre ambos fue mucho menor que el previsto en los sondeos, pues el PSOE, a pesar de toda su decadencia solo bajó un punto, del 39% al 38%. Con estos resultados Aznar no tuvo más remedio que hacer cura de humildad y rebajar muchísimo sus ácidas invectivas contra el nacionalismo, con el que iba a tener que pactar.

De igual manera, en Baleares hubo sorpresas. Porque si se esperaba que el PP tuviera un duro castigo por su situación interna, la verdad es que únicamente bajó un punto, al pasar del 47% al 46%, y siguió siendo el ganador, a la vez que el PSOE, a pesar de su situación doméstica y nacional tan mala, subía del 34% al 36%. Con estos resultados, ambos partidos tenían motivos para una inesperada alegría, al menos superficial.

Un análisis más profundo y desapasionado mostraba que el auténtico perdedor era el PP, porque mientras que en toda España subía en votos, en Baleares bajaba-algo que no había ocurrido hasta la fecha-y también disminuía su diferencia favorable respecto al PSOE. Además, y especialmente, perdía nada menos que un diputado y un senador, el de Ibiza, porque el experimento del primer pacto de izquierdas en la isla se lo arrebató y convirtió a Pilar Costa en senadora. Para el PSOE fueron resultados duales: por un lado suponían la pérdida el gobierno de la nación, y eso era catastrófico, pero, por otro, en clave local había mejorado mucho respecto al PP, amén de abrírsele una opción de futuro muy interesante en Ibiza, a través de Costa.

Por detrás aparecieron ya a mucha distancia EU, PSM y UM. El primero con un buen resultado del 8%, casi dos puntos más que en 1993, afianzando así su condición de tercera fuerza en las generales, aunque muy lejos de aquel diputado con el que habían soñado durante la campaña. Tenían sin embargo motivos para el optimismo pues esta subida ocurría en paralelo a la del PSOE

por lo que podían atribuirse a méritos propios más que a un mero transvase de votantes socialistas descontentos. El rédito del PSM era algo menor, sólo un punto: del 5% al 6%, pero suficiente para contentarse por el hecho de haber dejado muy por debajo a su odiada aliada UM, la cual descendió del 3% al 2%. Lo cual venía a confirmar que en la guerra en el ámbito nacionalista el PSM parecía llevar ventaja.

De Soler a Matas: la crisis de los diez días

Aunque en teoría toda la tensión electoral sufrida antes y después de estos comicios no tenía por qué afectar al gobierno de Soler, lo cierto es que lo salpicaba. Al menos porque introducía otro factor, además de los ya vistos, de incertidumbre sobre qué peso real tenía el presidente en el seno del partido, y si gozaba de suficientes apoyos o no. Los episodios de duda se multiplicaban. En plena campaña electoral para las generales se había celebrado una especie de convención de afiliados para levantar los ánimos, en el cual el presidente Soler en su discurso ni siquiera citó a Cañellas. Una ofensa para los cañellistas, que si hasta entonces lo veían con desconfianza a partir de ahí también lo observaron con irritación. La situación llegó a ser de tan general conocimiento como que el distinguido miembro del clan cañellista Carlos Ripoll, que era a la sazón regidor de Urbanismo en Palma, se sintió obligado a asegurar el día 1 de mayo de 1996 al Diario de Mallorca que “la figura, persona y apoyo del presidente del Govern está absolutamente aceptado por los militantes del PP”. Tanta vehemencia y contundencia pública en la defensa de Soler recordaba a la de aquellos presidentes de clubes de fútbol que talmente defienden la labor del entrenador... escaso tiempo antes de echarlo.

En ese contexto, no se lo ocurrió a Soler otra cosa que reunirse junto a todo su gobierno con Jordi Pujol y su ejecutivo en Palma el día 17 de mayo. No es que Cañellas no hubiera hecho lo mismo, que lo hizo, y no es que Aznar no estuviera haciendo la pelota a diario al presidente catalán, pero dadas las condiciones

domésticas ese desembarco tan masivo no cayó especialmente bien en algunos sectores del PP isleño, sobre todo en el cañellista. Además, si bien es cierto que los acuerdos bilaterales fueron nimios, se introducían opciones de futura colaboración al menos inquietantes para un partido que desde los albores autonómicos había manifestado una clara pulsión contraria a todo lo que fuera catalanismo. Y eso que Pujol se guardó muy mucho de decir o hacer nada que pudiera molestar ese sentimiento del que era perfectamente consciente, pero el acto se celebraba apenas quince días después de la movilización de la Obra Cultural Balear, la llamada Diada per la Llengua i l'Autogovern, el carácter nacionalista y catalanista de la cual estaba más que claro. Un acto en el que Soler no solo dudó en dejarse ver, encantado de la vida, acompañado por un puñado de colaboradores, sino que su Govern había emitido en la víspera un comunicado oficial en el que aseguraba que presidente “tiene el compromiso de apoyar todas las actuaciones que tiendan a reafirmar la conciencia de pueblo”. Toda una bofetada para el cañellismo que si tenía un enemigo ideológico era el catalanismo.

En medio de la estupefacción de casi todo el PP por cómo actuaba el presidente, el 27 de mayo Soler anunciaba una remodelación del gobierno para la cual no había consultado ni a la dirección del partido ni al grupo parlamentario, ni mucho menos a Cañellas. La reacción fue inmediata. El ex presidente convocó al grupo parlamentario para el día siguiente y entremedias pactó con su adversario interno, Joan Verger, el apoyo a un golpe de mano contra Soler a cambio de la futura presidencia del partido. Con el ascendiente de Cañellas y el apoyo de Verger, el encuentro con los diputados fue una reprobación casi unánime para el presidente, que al escucharla, no dudó en dimitir del cargo enseguida.

De aquella operación quedó la duda de si en realidad Soler forzó la situación para tener una excusa para abandonar, quedando como una especie de mártir, toda vez que era consciente de su gran debilidad ante las fuerzas combinadas

de Cañellas y Verger, y no solamente de ellos¹. En cualquier caso perdió. Se marchó a su casa. Apenas un pequeño grupo de fieles se manifestaron, algo más de veinte, en público y a su favor en el seno del PP. Era una reacción simbólica. Según contaba El País al día siguiente, Cañellas leyó el parte de cese, flanqueado por Matas, Huguet y Verger, aludiendo a "una serie de actitudes que en el grupo, a lo largo de mucho tiempo y en un proceso creciente, habían ido creando dificultades para obtener la unanimidad que se necesita en la hora de apoyar a un Gobierno". Una explicación vacua a un golpe que dejó al PP sin presidente, otra vez, solo diez meses después de la caída del primer ex.

El vacío de poder fue de vértigo. Salieron a la luz todas las disputas que habían sido sordas desde la dimisión forzada de Cañellas. Los movimientos para sustituir a Soler fueron rápidos y múltiples. De entre todos triunfó el encabezado por Bartomeu Reus, Joan Verger, Carlos Ripoll y Juan Forcades que, con el apoyo indisimulado de Aznar, planearon elevar al entonces consejero de Economía, Jaume Matas, y que iba a ser rebajado por Soler a consejero de Agricultura, a la presidencia. Propuesto ya formalmente, y tras cuatro días de declaraciones, apoyos y amagos de abstención, el día 12 de junio se presentó a la investidura en el Parlamento. No la obtuvo porque dos diputados del PP aún fieles a Soler, Joana Aina Vidal y Joan Marí, se negaron a votarle. Pero a la siguiente ocasión, al cabo de cuarenta y ocho horas, Vidal cedió y Matas logró contabilizar los 30 diputados a favor.

En su discurso de investidura, aseguró, según reflejaba el Baleares el día siguiente, que "quiero pueblos con ordenadores, quiero tecnología, quiero innovación, pero dentro de nuestras cosas, de lo que tenemos y hemos de conservar". Era un tono diferente a lo conocido. El día 18 tomaba posesión y acto seguido juraban sus consejeros, muchos de ellos fichados por Cañellas, como

¹ Posteriormente se han añadido muchos motivos para la fulminante destitución. Uno de ellos fue que en el nuevo gobierno de Soler se defenestraba, entre otros, a Flaquer, que llevaba a cabo el plan de ordenación turística, que a su vez regulaba mucha normativa sobre el negocio hotelero, inmobiliario y urbanístico. A estos sectores no les gustó el cambio y presionaron a Cañellas para evitarlo.

Estarás, a la que colocaba como vicepresidenta, Berastain, que lo mantuvo en Función pública, o a Flaquer que lo pasó de turismo a Cultura. También hubo sitio para los que le habían aupado a la presidencia, como Joan Verger, a quien dio Obras Públicas, Bartomeu Reus, que lo trasladó de Obras Públicas a Medio Ambiente. Por último, fichó nuevos valores como Antoni Rami, para Hacienda, Josep Juan Cardona, en Agricultura, Guillem Camps para Trabajo, José María Fernández Ortea como nuevo de Turismo y Francesc Fiol responsable de Sanidad.

Cuando todo parecía volver a una cierta tranquilidad, Verger fue a cobrarse la promesa de ser el nuevo presidente de partido. Pero el interino Joan Huguet se negó en redondo a dimitir. Llegado a oídos de la dirección nacional, ésta impidió formalmente la operación de cargarse a Huguet, posponiendo el congreso por segunda vez hasta que se consiguiera la “unidad”. Forzada así, finalmente el día 28 de junio la Junta Regional del PP, con la bicefalia explícita de Huguet y Matas, acordó celebrar el congreso extraordinario el siguiente 5 de octubre de 1996, en el cual, con los ánimos mucho más calmados, salió elegida una junta avalada por el 82% de los votos, presidida por Joan Verger, con Carlos Ripoll como secretario general.

“Ser más PSIB que PSOE”

Aunque las hostilidades entre EU y PSM en una trinchera del Consell y UM en la otra no cesaban, no ocurría igual entre UM y el PSOE, que vivían una permanente luna de miel. En efecto, la presidenta Maria Antònia Munar enseguida conectó con su consejero insular de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio, Francesc Antich. Éste había sido alcalde del pequeño pueblo de Algaida y pertenecía al grupo más autonomista que tras March había tomado el máximo poder interno en el PSOE. Enfrente seguía teniendo al sector oficialista representado por el ex alcalde de Palma, Ramón Aguiló, muy debilitado tras la derrota del oficialismo socialista en las generales de 1996. Ante el congreso

ordinario de 1997 los críticos se organizaron esta vez en torno a la alcaldesa de Calvià, Margarita Nájera.

Como siempre, las tensiones fueron a más en vez de a menos. La situación interna amenazaba con un congreso dramático. Tanto que la dirección federal intercedió para lograr un pacto de mínimos. El cónclave se desarrolló en el Auditorium de Palma el 5 de julio. Los grupos enfrentados aceptaron nombrar un secretario general de circunstancias, como si fuera de consenso. Andreu Crespí, un independiente de los dos bandos, afiliado al partido desde solamente hacía cinco años, fue el elegido en sustitución de Triay, mientras que Margarita Nájera era la nueva presidenta. En su discurso, Crespí hizo gala de su moderación con el objetivo de apaciguar las guerras internas. La comisión ejecutiva resultante también debía ser de concentración. Así lo acordaron, pero pronto acusaron los críticos a los autonomistas de incumplir el pacto y de forzar más presencia suya en la dirección². Aunque Crespí aseguró que quería ser y comportarse como el *primus inter pares*, dado que ninguna de las partes se había comprometido a ser igual a la otra la intención del nuevo secretario general fue abortada muy pronto. Desde aquel mismo verano el grupo autonomista empezó a trabajar en el asalto al poder interno. Francesc Antich, bajo la égida de March y junto Damià Cánovas de Binissalem, Antoni Garcías de Lluçmajor, Mercè Amer de Manacor, Francina Armengol de Inca³, entre otros, prepararon no el siguiente congreso sino unas primarias⁴. Esta era la estrategia. Ganarlas para colocar a uno de sus hombres como futuro candidato a la presidencia del gobierno regional en las elecciones autonómicas del año siguiente. A partir de las reuniones extra oficiales-es decir,

² En parte tenían razón y de hecho Aguiló se sintió traicionado tras el reparto de cuotas de poder interno, hasta el punto de ir separándose poco a poco de la política y del partido hasta que los escándalos del PSOE nacional – según sus palabras en varias entrevistas posteriores –, le indignaron tanto que le hicieron romper el carnet del partido.

³ Entonces una joven militante que impulsaba el clan familiar al que pertenece, de gran arraigo político en su ciudad, encabezado por su padre, Jaume Armengol, ex militante del PSM que con el PSOE fue alcalde de la localidad entre 1991 y 1995.

⁴ Debe recordarse que tras la caída de González en el gobierno nacional, éste anunció que no se presentaría a la reelección. Su sustituto fue Joaquín Almunia, pero tras la derrota después de catorce años de gobierno, la presión de las bases más críticas llevó a aprobar en aquel cónclave que los candidatos números 1 a las siguientes elecciones autonómicas y nacionales serían elegidos directamente por todos los militantes.

comidas o cenas en los domicilios de los citados y de otras personas-se decidió que fuera Antich el candidato a las primarias. Trabajaron arduamente durante meses para conseguir tener suficientes apoyos en las diferentes agrupaciones. El secretario general, Crespí, decidió concurrir también. Sin embargo carecía de la organización y apoyos que tenía el de Algaida. Al final, en junio de 1998, el autonomista se alzó con la victoria.

En ese momento Antich ya tenía una clara afinidad personal y visión política de futuro compartida con Munar. En palabras de Marimon&Serra “en esos años se estableció una fuerte sintonía (...) que persistió en las siguientes legislaturas, mientras que la discrepancias (tanto de UM como del PSOE) con PSM y EU fueron más importantes”. Al terminar el año 1998, pues, los socialistas tenían un aspirante a disputar a Jaume Matas la presidencia del gobierno que se presentaba sin tapujos como autonomista casi al modo del socialismo catalán. Su lema: “Hemos de ser más PSIB que PSOE”.

El Consell de Mallorca contra Govern

A partir del congreso del PP de octubre de 1996, Matas ya se sintió con las manos libres para empezar una política que sus acólitos calificaban como reformista. Multiplicó los contactos con los ministros de Aznar, estableció convenios de colaboración, consiguió algunas inversiones y reivindicó un régimen especial para Baleares. A la vez tuvo que hacer frente a la red de apoyos en el partido, en el gobierno y en el parlamento que seguía teniendo Cañellas. La cual pronto hizo ver al presidente las dificultades que iba a tener para conseguir una total autonomía de acción, sobre todo en los asuntos económicos, turísticos y territoriales más domésticos. “Demostraré que no soy la careta de Gabriel Cañellas”, había dicho el día de su investidura.

El número de cargos ocupados por cañellistas era impresionante. El último, Catalina Cirer en la Delegación del Gobierno, tras las elecciones de mayo de

1996. Matas no se rindió y aprovechando el cerco judicial sobre la antigua cúpula del PP en relación sobre todo al caso Túnel de Sóller consiguió la dimisión de Cañellas como presidente del grupo parlamentario en marzo de 1997, junto a la de Berastain como conseller de Función Pública, sustituyéndolo por Manuel Ferrer Massanet⁵. Tras estos objetivos conseguidos su posición se consolidó progresivamente. Una vez estabilizado al frente del Govern, con manos razonablemente libres, representaba de hecho todo el amplio poder institucional conservador: el propio ejecutivo y los consells insulares de Ibiza-Formentera y el de Menorca, amén del ayuntamiento de Palma y de la inmensa mayoría de los consistorios.

Enfrente se encontraba el Consell mallorquín, con UM, PSOE y PSM en el gobierno y EU dando apoyo externo. Desde el principio del mandato el objetivo político que perseguía UM con “su” Consell era evidente. Crear un contrapeso al ejecutivo del PP protagonizado por Munar. De ahí ese obsesivo despliegue de simbología y parafernalia inventada, para así intentar convertir la institución local en lo que Munar llamó posteriormente “el verdadero gobierno de los mallorquines”. Una estrategia que complacía al PSOE, porque al fin y al cabo tenía como objetivo último restar espacio y votos al PP. Pero el mismo objetivo rechinaba para los del PSM, quienes sentían unos tremendos celos –más que justificados- ante un partido que se llamaba nacionalista pero que ellos no lo consideraban así y que pretendía disputarles una buena porción del mismo espacio ideológico y por lo tanto electoral.

Cuando finalizaba el mandato 1995-1999, ese Consell de Mallorca estaba claro que se sustentaba no tanto en el pacto firmado entre las cuatro fuerzas en 1995 como en la sintonía entre las partes de su núcleo fundacional: PSOE y UM o viceversa. Y ambos valoraban que el experimento había funcionado bien y que podía tener ambiciones más altas. Así lo reconocía el verdadero inspirador del

⁵ Justo un año después haría una segunda crisis y formaría un tercer gabinete en el cual sustituyó a Manuel Ferrer en Función Pública por Pilar Ferrer, y en Medio Ambiente Bartomeu Reus por Miquel Ramis.

pacto, el ex secretario general socialista Joan March, en una entrevista al Diario de Mallorca el 6 de enero de 1999: “Hay una posibilidad real de que un gobierno muy semejante al del Consell de Mallorca acceda a las instituciones más importantes”, ya que “la experiencia ha funcionado y ha hecho visible que hay otras formas de gobernar”.

Si el PSM se sentía seriamente incómodo ante la pinza entre PSOE y UM, tampoco Esquerra Unida estaba cómoda. Sus dirigentes -Eberhard Grosske, Miquel Rosselló y Manuel Cámara- valoraba como deficiente del pacto del Consell de 1995, al cual habían dado apoyo, y gestado, pero quedándose fuera del gobierno de la institución. Ciertamente era que la ortodoxia anti socialista de Julio Anguita no quería pactar con el PSOE en ningún lado, y que UM no quería tener aliados formales comunistas, pero a pesar de todo esto la cúpula balear de EU tenía claro que querían entrar a formar parte de cualquier futuro ejecutivo fruto de una mayoría alternativa al PP. Aparte, no veía bien, igual que el PSM, tanto poder para Munar y los suyos.

Así que al finalizar el mandato insular mallorquín, en 1999, el experimento de pacto entre UM y la izquierda estaba muy bien valorado por Munar y por el PSOE, pero no así por el PSM y EU.

La ruptura entre Matas y Cañellas

Jaume Matas confiaba en que su forma de gobernar le sirviera para mantener la mayoría absoluta en 1999. Había roto todos los esquemas hasta entonces conocidos. Basaba su gobierno en la hiperactividad, marketing, propaganda y mucha, mucha imagen. Y a fe que imagen dio a base de bien. Empezando por sus fotos dedicadas. Nunca tantos ciudadanos recibieron tantas rubricadas por el presidente como en esos tres años. Se hicieron famosas, sobre todo porque el diputado socialista Antonio Diéguez no cesaba de pedir qué costaban y criticar el gasto que suponían a mayor gloria iconográfica de Matas. A despecho de

inectivas, el presidente y su mano derecha, el periodista Javier Mato, director general de Comunicación del gobierno, impusieron un estilo radicalmente nuevo en la estrategia de imagen.

La proyección social y mediática de Matas no se circunscribía a Baleares. A menudo viajaba a Madrid para entrevistarse con ministros, leer conferencias en el Club Siglo XXI, o a tejer acuerdos con el gobierno valenciano que presidía su amigo Eduardo Zaplana. Todo lo cual, debidamente propagado en las Islas.

Además, la gestión también fue del todo novedosa. Al notar cómo la economía estaba creciendo, no dudo en insuflarle un gran apoyo presupuestario público para que lo hiciera con más intensidad. Se sacó de la manga el plan de embellecimiento de pueblos y ciudades –el pla Mirall-, la mejora de infraestructuras, inversiones en ornato de zonas turísticas... todo ello a costa del endeudamiento público como antes no había nunca ocurrido. Toda su gestión fue igual, marcada por una actividad frenética, como tampoco se había visto jamás en el gobierno de las Islas. Paralelamente, se alejó tanto como pudo del recuerdo de Cañellas. No tuvo duda alguna de que su imagen debía desmarcarse del que había sido su valedor. No fue difícil. El desencuentro fue a más hasta volverse absoluto.

Este alejamiento entre Matas y el primer expresidente explotó a finales de legislatura. Fue cuando el presidente impuso contra vientos ajenos y mareas propias las Direcciones de Ordenación del Territorio (DOT), una especie de constitución urbanística para todo el archipiélago. Era la respuesta del PP al hecho que el Consell de Mallorca hubiera desclasificado –esto es: dejar sin efecto- a cerca de setenta potenciales urbanizaciones. Hay que entender que a la sazón el discurso político isleño estaba muy imbuido de la necesidad de proteger el territorio, no tanto por –como había sido antaño- cuestión ideológica cuanto por interés económico, pues se entendía que la excesiva presión demográfica podía acabar afectando negativamente los valores paisajísticos y

por ende turísticos de las Islas. En esa época la colonia alemana no cesaba de aumentar en Mallorca mientras que en Ibiza lo hacían otras nacionalidades – británicos sobre todo-, con el resultado conjunto que docenas de miles de extranjeros –amén de españoles peninsulares e indígenas y residentes- compraban inmuebles y parcelas rústicas para edificar. Fueron los años en que los medios alertaban de la Mallorca alemana, cuando el diario sensacionalista Bild llegó a calificar la isla como otro länder. Es en ese contexto en el que se produce aquella carrera política por ver quién protege más y mejor el territorio, si el Consell de centroizquierda o el gobierno autonómico de derecha.

En medio de esa efervescencia proteccionista, el presidente impulsó las Direcciones de Ordenación del Territorio (DOT) como “respuesta al crecimiento desmesurado” que había que rectificar, según declaraciones del día 19 de enero al Diari de Balears. La izquierda y el ecologismo social, el GOB, rechazaban las tesis de Matas, asegurando que eran mera impostura y no verdadero deseo proteccionista. Pero el presidente, erre que erre, seguía adelante. Creándose así no pocos enemigos internos, nada acostumbrados, en los tiempos de Cañellas, a que alguien de su propio partido propusiera leyes de esa naturaleza. A cada ocasión que tenía insistía en su tesis: “las DOT garantizan la protección (del territorio) y (a la vez) el crecimiento económico”, decía en Madrid el día 25 del mismo mes, y talmente lo publicaba Última Hora la jornada después.

Para Matas las DOT terminaron siendo el leiv motiv de la legislatura. Su gran obra de los tres años. Por eso no cesaba de explicarlas en Baleares y en Madrid, en donde las vendía y se vendía al unísono como muestra de la nueva derecha balear. Incluso no tenía empacho en reconocer que su empeñamiento podía costarle caro: “a cinco meses de las elecciones quizá no sea lo más conveniente (aprobar las DOT) pero es necesario asumir el riesgo”, decía, también en Madrid, según transcribía el 31 de enero El Mundo-El Día de Baleares. A medida que se acercaba el momento de aprobar la ley en el Parlamento la tensión con Cañellas fue in crescendo.

A inicios de 1999 ya era un secreto a voces que el presidente y el ex ni se hablaban ni se miraban, si podían evitarlo. “Cañellas tendrá que hacer sacrificios, más adelante se decidirá si va en las listas”, confesaba al Diario de Mallorca Joan Verger el día 12 de febrero. El día 23 del mismo mes Cañellas se presentó a la reunión ordinaria del grupo parlamentario, a las 10,30 de la mañana, y sin ambages soltó a sus compañeros que acaba de entregar un escrito de renuncia de parlamentario al presidente de la Cámara, Joan Huguet. Que dimitía, que se iba a su casa: “mi filosofía es difícil de compaginar con el PP y el Govern” de Matas, declaraba ante los periodistas. La lacónica valoración del presidente lo dijo todo sin decirlo: “hay que agradecer su trayectoria personal y política”.

La precampaña

Con la polémica de las DOT, la dimisión de Cañellas y los evidentes problemas internos del PP la izquierda olía la posibilidad de evitar la mayoría absoluta conservadora y por ende la opción de renovar, esta vez en el ámbito balear, el Pacto de Progreso.

En el PSOE, Antich, quien había inaugurado el 5 de febrero una oficina “del candidato” en un primer piso de un edificio de las galerías comerciales de Los Geranios, concedía sin pausa entrevistas en las que lo más importante no era lo que decía y se transcribía sino lo que transmitía: su absoluta convicción de que podía alcanzar el poder.

No le acompañaba lo que publicaba el CIS a mediados de febrero: un 49% pensaba que la situación de la comunidad era buena o muy buena, ante sólo un 4% que la consideraba mala o muy mala. Un 60% pensaba que la situación económica era buena o muy buena, frente a un 10% que la valoraba mal o muy mal. Y un 31% que la situación política era buena o muy buena, frente a un 7% que era mala o muy mala. Un 58% aprobaba al Govern de Matas, frente a un 22% que lo suspendía. Es decir, unos datos que permitían sonreír al PP. Aunque

también era cierto que un 42,5% confiaba poco o nada en Matas, por un 34,5% todo lo contrario.

A este último dato se aferraba la izquierda que se veía gobernando tras las elecciones. El líder comunista, Grosske, enviaba una carta a sus homólogos del PSOE y del PSM el 17 de febrero ofreciéndoles formalizar públicamente “la voluntad de pacto” si los comicios así lo permitían. No citaba a los regionalistas de Munar, a lo que Antich, disgustado, contestaba al día siguiente, talmente lo recogía Última Hora el 18, con estas palabras: “debe tenerse en cuenta también a UM a la hora de formular proyectos de futuro”. Es decir, el camino de este pacto, si podía formalizarse, iba a ser peliagudo.

Llegado el mes de marzo, en Els Verds de Ibiza se produjo un cambio que tendría importancia los años venideros. El diputado Balanzat perdía el congreso del partido “ante el ala más radical”, decía el Diario de Ibiza el día 15, personalizada por Joan Buades.

A pesar de su radicalidad, Buades accedió a formar parte de la unión de todo el progresismo ibicenco. El día 21 de marzo se presentaba este acuerdo. Sumaban todos a una PSOE, Els Verds, IU, ENE, ERC y ponían como cabeza de cartel a la senadora independiente Pilar Costa. Además, en Formentera, un pacto de izquierdas similar denominado COP-Confederación de Organizaciones Progresistas- hacía lo propio para intentar arrebatarse el diputado por aquella circunscripción a la unión del GUIF y del PP que en ese momento, y por segunda vez, se denominaba AIPF-Agrupación Independiente Popular de Formentera-. Esta estrategia de unirse todos contra la derecha no cuajó en Menorca ni en Mallorca si bien en la isla mayor Esquerra Unida y Els Verds matrimoniaron su destino electoral, esta vez sí.

Por otro lado, la idílica relación que mantenían socialistas y regionalistas empezó a ser objetivo a batir de forma manifiesta y pública por parte de comunistas y,

sobre todo, de los nacionalistas. En el acto de presentación de las candidaturas locales del PSM, el 28 de aquel mes, en Manacor, Pere Sampol, quien se había convertido en la referencia pública del partido ⁶, advirtió que “seremos la segunda fuerza” política en Mallorca, tras el PP y que por tanto cualquier pacto debía pasar por ellos como fuerza central, y no, elípticamente se entendía, por UM.

El día 30, apurando el final de la legislatura, Matas conseguía aprobar, solamente con los votos de su partido, las polémicas DOT, que, en síntesis, suponían un crecimiento máximo de la edificación por isla del 10% en diez años y la imposibilidad de construir a menos de 250 metros del mar. El presidente estaba eufórico, pero no así muchos en su partido que arrugaban el entrecejo al ver la cantidad de damnificados votantes del PP a los que afectaba negativamente la normativa. Aún así la izquierda criticaba la norma por no ser lo que Matas decía que era. “Si gobernamos derogaremos las DOT”, advirtió Antich según recogía el día 31 el *Diari de Balears*.

A Matas no le preocupaba en absoluto lo que dijera sus oponentes. En la presentación del programa electoral del PP, el día 10 de abril en Palma, se mostraba sobrado de auto confianza: “vamos a salir a ganar” por mayoría absoluta, decía a los periodistas que el 11 lo reflejaban en sus diarios, para el caso *El Mundo-El Día de Baleares*. Tan seguro de sí mismo se sentía que dejó “al sector cañellista con una presencia residual en la lista electoral”, según el *Diario de Mallorca* del 17, de tal forma que evidencia que no necesitaba más apoyos internos que los que tenía, haciéndose acompañar en los primeros puestos por la hasta ese momento eurodiputada Francisca Bennàssar, el presidente del PP Joan Verger, el alcalde de Sa Pobla y presidente del PP mallorquín Jaume Font y la vicepresidenta de su gobierno, Rosa Estaràs. Si

⁶Aunque el secretario general seguía siendo Mateu Morro –lo fue hasta 2004- Sampol a la sazón personalizaba totalmente la nueva opción del PSM como partido inclinado hacia la derecha: transversal y con pretensiones centristas.

Cañellas estaba ya molesto –por decirlo suavemente- con Matas, en ese momento sin duda debió aumentar muy mucho su fastidio para con quien había digitado para la presidencia todavía no hacía ni tres años.

En el mismo mes de abril negros nubarrones se cernieron sobre la estrategia unitaria de la izquierda ibicenca. Se conoció que Julio Anguita se oponía al pacto porque era como disolver sus siglas en el conglomerado del acuerdo general. El día 10, en las páginas del Diario de Mallorca, Grosske intentaba defender tanto la alianza como a su jefe: “es una opinión respetable que Anguita crea que el pacto es un error” pero “yo lo defiendo”. Enseguida se activaron las alarmas y sus hombres en Baleares hicieron lo imposible para convencer al califa rojo de la bonanza de la coalición. A regañadientes, al final aceptó el acuerdo.

Empezaba el mes de mayo y todo estaba nítido. La confrontación electoral nunca había sido tan contrastada. El PP por un lado y todos los demás en el otro, afanándose y conjurándose para impedir que el partido derechista repitiese la mayoría absoluta de 1995. En síntesis, éste era el quid de la cuestión. De todo. Y todo el mundo lo entendía así.

La campaña

Cuando se iniciaba la campaña electoral, a medianoche del 28 de mayo, las espadas estaban en alto. Nadie estaba seguro de qué iba a pasar el 13 de junio, día de las elecciones. En el tradicional acto de pegada de carteles Munar se explayaba: “Matas es un cobarde y un mentiroso”, recogía el 29 de mayo la Última Hora. Y según Grosske confiaba al Diario de Mallorca al día siguiente, “Matas es el hijo político de Cañellas”, refiriéndose a la corrupción. La cosa empezaba caliente. Y más que se calentó.

“Solo el PP tiene programa de gobierno en las Islas”, bramaba un exultante presidente del Govern en el acto central del PP en el Polideportivo de Son Gotleu

el día 29 de mayo, ante unas 2.500 personas, acompañado del presidente del gobierno y del PP nacional José María Aznar. La parroquia conservadora estaba extasiada. Pero algunos, los más perspicaces, como Matías Vallés en el Diario de Mallorca, comparaban con los grandes mítines del PP en el pasado y faltaba gente, bastante gente.

El mismo día el PSM invitaba a Palma al secretario general de Convergència Democràtica de Catalunya, Pere Esteve, quien reclamaba a cualquier nacionalista mallorquín “votar por el PSM”. Todo un torpedo contra UM por persona interpuesta, no en vano los de Munar justamente en quien tenían el espejo eran los nacionalistas catalanes, a pesar de que en esos momentos su aliado externo era el PNV.

El PSOE se traía a Palma al líder socialista catalán, Pascual Maragall, para actuar el 30 de aquel mes en la sede de la ONCE en Palma. Apenas conseguía reunir un puñado de asistentes, no mucho más de un centenar. No parecía que los socialistas pasaran por su mejor momento, a imagen y semejanza de lo que pasaba en toda España⁷, pero como su esperanza no era ya su propio resultado sino el de UM, pues tanto les daba.

Por esto mismo a quien seguía irritando UM era a Sampol, el líder del PSM, que en el acto central de la campaña, el día 3 de junio. En un abarrotado Auditorium de Palma, lanzaba la puya habitual contra los regionalistas: “podría ser que en alguna institución se pudiera prescindir de UM o de IU para gobernar pero nunca del PSM ni del PSOE”, recogía al día siguiente Última Hora. Se comparaban así los nacionalistas a la magnitud socialista. Fue una constante de la campaña, de la precampaña y de todo aquel cuatrienio, de hecho. Los del PSM querían llegar

⁷ En las primarias para ser candidato a presidente del gobierno, había salido elegido Borrell en vez del entonces presidente del partido Almunia por un 55% frente al 45%. La dificultad de la cohabitación entre presidente y candidato se fue agrandando hasta que de forma inesperada y misteriosa, Borrell fue denunciado por fraude fiscal desde su propio partido y tuvo que dimitir en mayo de 1999.

a disputar al PSOE la condición de partido hegemónico en la izquierda mallorquina.

Las previsiones de la izquierda, a pesar de todas las tensiones y prevenciones, parecían poderse cumplir, o sea que el PP no tuviera mayoría absoluta. Al menos según los sondeos de intención de voto así sería. El día 6 de junio el Diario de Mallorca publicó una encuesta de GADESO (Gabinete de Estudios Sociales), en la que se auguraba que el PP ganaría las elecciones, pero que no conseguiría la mayoría absoluta, dando pie a un pacto progresista al estilo del Consell mallorquín. Unos días más tarde, se hacía pública la esperada encuesta preelectoral del CIS, que confirmaba el mismo pronóstico (tabla-12), aunque bastante más ajustado porque el PP, con un 27% de voto directo, tendría entre 29-30 diputados, es decir, al borde de la mayoría absoluta⁸.

Tabla-12. Intención de voto y pronóstico de diputados a las elecciones autonómicas de 1999. Estudio CIS nº 2.328

	<i>PP</i>	<i>PSOE</i>	<i>PSM</i>	<i>EU-EV</i>	<i>UM</i>	<i>Otros</i>	<i>Blanco</i>	<i>Abst.</i>	<i>Indecisos</i>
<i>Directa SC</i>	27%	11%	8%	4%	3%	1%	1%	8%	38%
<i>diputados</i>	29-30	13-14	6-7	3	2-3				

No obstante los sondeos, según el Diario de Mallorca del día 10 “Matas solo se plantea la mayoría absoluta” y así lo repetía una y otra vez a los suyos, en todos y cada uno de los muchísimos actos que protagonizaba. A pesar del optimismo entusiasta de su presidente, cada vez más eran los que dudaban de la victoria. Antich sentía todo lo contrario. Se veía ya presidente. Lo dejaba meridiano en público el día 7 de junio, en un mitin en Son Gotleu en el que se acompañó de la líder del PSOE vasco Rosa Díez: “con el PP no querrá pactar nadie”, aseveró el de Algaida. Ergo el pacto contra Matas sería posible. Bien que lo sabía pues

⁸ Valoraciones de líderes 0-10 en la misma encuesta: Matas: 6,2, Antich: 5,4, Munar: 5,4, Sampol: 5,0, y Grosske: 4,4.

solamente la UM dirigida por su amiga podía pactar con el PP. Lo cual sabía que no haría. A la sazón ya estaba todo hablado entre ambos, si es que fuera necesario expresarlo: su convergencia se daba por descontada si los resultados lo permitían.

Uno de los temas recurrentes de aquella campaña fue el del debate electoral entre candidatos. Tanto Munar como Sampol así como Grosske exigieron, pidieron e instaron a Antich y Matas a aceptarlos. Pero el conservador no quiso más que un cara a cara con el socialista. Se celebró en la sede central de la Caja de Ahorros en Palma el día 7 de junio por la noche. Fue duro y bronco. Mucho. Matas no cesó de atacar la debilidad del socialista: “usted no está en condiciones de liderar nada (...) usted no puede garantizar ni la aplicación de su programa si gana”. A lo que Antich contestaba lindezas del tipo: “usted miente continuamente (...) en todo y por todo”.

La tensión no era sólo la lógica en tales circunstancias. Transcendía también la que cabía esperar por haber estado duramente enfrentados a lo largo de tres años, cada uno en su trinchera –Consell y gobierno-, como nunca había pasado desde la invención autonómica. Pero es que además de todo esto había algo más. Sobrevolaban las informaciones aparecidas en el Diario de Mallorca sobre el sospechoso engorde de varios censos electorales locales, especialmente el de Formentera –que elige ella sola un diputado- a cargo de hijos de emigrantes sudamericanos. El día 9 el titular de portada era especialmente llamativo: “El número de votantes que viven en Argentina se ha triplicado desde 1996”. Enseguida las informaciones del diario apuntaron al mismo Matas y a algunos de sus colaboradores más directos –como el consejero Juan José Cardona y Antoni Pastor, entre otros- como los responsables del milagro censal. El cual irritaba sobremanera a la izquierda que lo veía como un intento de tongo para arrebatarse la posibilidad de gobernar que creía tener al alcance de la mano.

Quedaban escasos días para las elecciones y el asunto corrió como la pólvora. Ante un centenar de seguidores reunidos en el Teatro Principal de Palma, el líder comunista, Grosske, decía el día 8 que “la inclusión de argentinos en el censo de Formentera es una cerdada”. El día 10 el mismo diario referido recogía que “toda la oposición acusa de pucherazo antidemocrático al PP por los argentinos del censo”. Por su lado, el secretario general conservador, Carlos Ripoll, explicaba el mismo día a varios periodistas, según reflejaba la Última Hora al día siguiente, que “es lógico” que los “emigrantes sientan los vínculos con su tierra” y se censan en ella.

Concluía el día 12 en portada el Diario de Mallorca que “la polémica por los argentinos enturbia el final de la campaña”. Ciertamente era. Ninguna campaña había acabado con tanta tensión. La cual se elevó a caso judicial que, cabe añadir, al final terminó sin proceso para los colaboradores del presidente y el propio Matas, si bien como postrimería tres funcionarios fueron condenados –en 2014- por una ramificación del caso –una contratación amañada- a penas nimias.

Los resultados (tabla-13)

Se alargó como nunca el recuento. Todo el mundo estaba pendiente de Formentera, y el dato no salía. Lo que había pasado sobre su censo provocó nervios aquella noche. Al final sin embargo tanta alarma no se justificó. El diputado fue para la Coordinadora de Organizaciones Progresistas, la COP, el pacto de izquierdas al estilo del de Ibiza, formado por el PSOE, EU y Els Verds. Posteriormente se abriría el caso judicialmente, pero a efectos electorales, de haber existido un engorde artificial del censo para beneficiar al PP, éste no fue suficiente.

En verdad lo malo para los conservadores no solo fue en Formentera. El PP bajó un punto en el total de Baleares, del 45% al 44%, pero el descenso se concretó sobre todo en Menorca (del 44% al 40%), Ibiza (del 51% al 47%) y Formentera

(del 49% al 43%), perdiendo un diputado en cada isla y dejando el partido con tres menos que en 1995, y a dos por debajo de la mayoría absoluta.

Mallorca

La distribución de votos y escaños fue prácticamente la misma que cuatro años antes, exceptuando una ligera subida de UM en detrimento de una leve bajada del PSM. El PP sacó un 44,3%, apenas tres décimas menos que en 1999, y repitió los mismos 16 diputados sin poder disfrutar de la mayoría absoluta. Volvió a obtener excelentes resultados en los municipios pequeños y de interior, a los que esta vez pudo añadir Inca-que ganaba voto autonómico y municipal elección tras elección- y Manacor. Casi en la media, aunque por debajo, seguían quedando municipios importantes como Palma, Lluçmajor, Marratxí y Calvià, estos dos últimos con un descenso de cuatro puntos respecto de las anteriores elecciones. Por cierto, en Palma, con más o menos el mismo porcentaje de voto que en Mallorca, sí que obtuvo mayoría absoluta, lo que renovó a Fageda como alcalde por tercera vez consecutiva.

El PSOE solo subió tres décimas, quedando en el 23%. Calvià le dio la gran alegría, con un 38%, además de otros municipios de litoral como Capdepera, Andratx, Pollensa, Alcudia y Sóller. De entre los grandes, estuvieron por encima de la media insular Marratxí, Lluçmajor y Palma, un grupo que ya era estable desde elecciones anteriores.

La tercera fuerza fue el PSM que con un 13% empató resultados con 1995. Los municipios con mayores apoyos fueron de interior y pequeños al igual que el PP, y de entre los grandes sólo destacó Manacor con un 24%, pues el resto ya estaban muy por debajo de la media insular.

El PSM perdió un diputado, que lo ganó UM al subir casi tres puntos y quedar en el 9%. Estos 3 diputados de UM se debieron sobre todo al incremento de voto

en municipios muy pequeños, pues de entre los de mayor población ninguno superó a la media insular, siendo los más bajos Calvià, Manacor e incluso Palma. En quinto lugar y último con representación quedaba EU, que esta vez, incluso coaligado con Els Verds, bajó unas décimas quedando en el 6% y los mismos dos escaños que cuatro años antes en solitario. Sus mejores registros los firmó en Marratxí, Palma y Calvià, que aunque sólo con el 9% consolidaban su papel de graneros de voto comunistas.

Menorca

El PP obtuvo un pésimo resultado en la isla: un 40%, cuatro puntos menos que en 1991 y cinco por debajo de 1987. Perdió el séptimo diputado que le daba la mayoría absoluta y quedó con seis. Es Migjorn, Ciutadella y Alaior volvían a ser sus mejores municipios. El PSOE firmó un 38%, subiendo espectacularmente nueve puntos desde el 29% de 1991, con Maó y Alaior como feudos más fuertes. Después quedó el 10% del PSM y un diputado, con excelentes registros del 17% en Es Mercada y Ferreries. Y por último, la coalición de Esquerra Unida de Menorca y Els Verds, bajo la denominación de Esquerra de Menorca, bajó casi dos puntos, del 9% al 7%, pero obtuvo un diputado, teniendo su mejor registro, un 11%, en Es Castell.

Ibiza

En Ibiza el desastre del PP fue similar al de Menorca, bajando del 51% al 47%, lo que era su peor dato histórico. Quedó con seis diputados de los siete que tenía. El terremoto vino provocado sin duda por la existencia del pacto progresista cuyos cinco partidos (PSOE, Els Verds, EU, ENE y ERC) lograron reunir un 46% de sufragios. Subieron tres puntos más que la adición del 30% que había obtenido el PSOE en 1991, el 6% de los comunistas y el 7% de Els Verds, lo que les permitió incrementar dos escaños y empatar a seis con el PP.

Fueron municipios con mayor apoyo progresista Sant Antoni e Ibiza, mientras que los de mayor apoyo popular fueron los clásicos Sant Joan y Sta. Eulalia.

Formentera

Similar comportamiento de voto ocurrió en Formentera, pues la Agrupación Popular bajaba del 49% al 43%, ante la coalición progresista PSOE, EU y Els Verds que subió del voto del 44% a nada menos que el 56%, obtenido lógicamente el único diputado en liza.

* * *

La bajada aritmética del PP no era tan intensa como su resultado político. Perdía la mayoría absoluta. Así que al día siguiente todo el mundo daba por hecho que se iba a formar la edición balear del Pacto de Progreso que en 1995 se ensayó en el Consell de Mallorca.

No obstante esa confianza general, en los meses previos a las elecciones las cosas no habían fluido tan bien como hubiera sido de desear entre los socios del pacto mallorquín. La sintonía entre socialistas y regionalistas era absoluta, pero no ocurría lo mismo entre el PSM y UM y menos aún entre EU y los regionalistas. Los celos entre ellos eran tantos que dentro del PSM hubo tímidos intentos de buscar alternativas a lo que se veía como una reedición aumentada del acuerdo de las lentejas anterior ofrecido por PSOE y UM. Los dirigentes nacionalistas consideraban que el acuerdo de 1995 había sido malo para los intereses de su partido. Y a la luz de los resultados no podía achacárseles falta de razón. Perdían un diputado que ganaban los de Munar. ¿Cuál sería su actitud ante el posible nuevo pacto?.

Tabla-13. Resultados en las elecciones autonómicas de 1999

	Baleares			Mallorca			Menorca			Ibiza			Formentera		
	Miles	%	diputados	Miles	%	diputados	Miles	%	diputados	Miles	%	diputados	Miles	%	diputados
Censo electoral	638.157	100,0		516.203	100,0		54.763	100,0		63.218	100,0		3.973	100,0	
Abstención	270.600	42,0		219.996	42,6		21.592	39,4		27.763	43,9		1.249	31,4	
Voto emitido	367.646	58,0		296.207	57,4		33.171	60,6		35.455	56,1		2.813	68,6	
Voto nulo	2.911	0,8		2.210	0,7		291	0,9		361	1,0		49	1,2	
Voto válido	364.735	100,0		293.997	100,0		32.880	100,0		35.094	100,0		2.764	100,0	
Voto blanco	6.798	1,9		5.089	1,7		975	2,9		689	1,9		45	1,6	
PP	159.929	43,9	28	130.209	44,3	16	13.232	40,2	6	16.488	47,0	6			
PSOE	80.194	22,0	13	67.710	23,0	8	12.484	38,0	5						
PSM-EN	42.740	11,7	5	39.507	13,4	4	3.233	9,8	1						
UM	26.640	7,3	3	26.640	9,1	3									
EU-EV	20.471	5,6	2	18.083	6,1	2									
PACTE PROG.	16.307	4,5	6							16.307	46,5	6			
EM- Els Verds	2.338	0,7	1				2.388	7,3	1						
ASI	2.321	0,6		2.321	0,8										
CPB	1.623	0,4		1.623	0,6										
COP	1.536	0,4	1										1.536	55,6	1
AIPF	1.183	0,3											1.183	42,8	
ERC	1.089	0,3		1.089	0,4										
UCP	962	0,3								962	2,7				
LV-GV	648	0,2								648	1,8				
SDP	628	0,2		628	0,2										
EAIB	627	0,2		627	0,2										
UPB	568	0,2					568	1,7							
TD	471	0,1		471	0,2										

AIPF: AGRUPACION INDEPENDIENTE POPULAR DE FORMENTERA, PACTE PROGRESISTA DE IBIZA (PSOE, ELS VERDS, EU, ENE, ERC), COP: COALICION DE ORGANIZACIONES PROGRESISTAS DE FORMENTERA (PSOE,EU,ELS VERDS), EM- ELS VERDS: ESQUERRA DE MENORCA-ELS VERDS, ASI: AGRUPACION SOCIAL INDEPENDIENTE, CPB: COALICION PUEBLO BALEAR, EAIB: ESQUERRA ALTERNATIVA ILLES BALEARS, LV-GV: LOS VERDES-GRUPO VERDE, SDP: SOCIALDEMOCRATAS PARA EL PROGRESO, TD: TREBALLADORS PER LA DEMOCRACIA, CP: UNION CIVICA PITIUSA, UPB: UNIO DES POBLE BALEAR

Del libro: El complejo comportamiento del voto en Baleares, Vol,s I y II
Autores: Gonzalo Adán y Miquel Payeras
ISBN: 978-84-16116-56-0
